

III República

CRÓNICAS BARBARAS

Alaba tanto Zapatero a la II República, a pesar de que acabó en guerra civil, que es legítimo preguntarse si no desea iniciar la III abandonando, como hace con tantos conceptos del socialismo histórico, la exitosa etapa de la constitución actual.

Los cambios estructurales a los que subrepticamente está sometiendo al país parecen dirigidos hacia un cambio de régimen: no es lo mismo una nación unitaria con autonomías que una nación de naciones, como la que está creando, en la que algunas tendrán igual poder que el Estado.

Un ejemplo visible de la creciente capacidad de secesión cultural y comercial de estas neonaciones: en cada una podrá boicotearse oficialmente el consumo, por ejemplo, de productos que no estén etiquetados en una lengua local. Ocurre ya en casi cuatrocientas instituciones oficiales catalanas que rechazan lo que no esté «en catalán».

El notario Antonio García-Trevijano, el republicano más activo desde hace décadas, advierte que la III República es la única fórmula que evitará la disolución de España. Añora aquella II que rechazó las demandas de los nacionalistas catalanes, muy inferiores a las que ahora les han aprobado.

Pero su sentido de la República con un fuerte poder central no coincide con el de ZP, que sustenta su mandato en grupos minoritarios, ideológicos y regionales. Porque ZP está potenciando una red de pequeños partidos aliados poco afines al sistema actual, reconociéndoles su poder si alcanzan solamente el tres por ciento de representatividad. Sumando esos mínimos adquiere mayorías contestatarias que impulsan fundamentales cambios estructurales. Lo que podría hacer innecesaria una Monarquía de adorno y atraer inevitablemente la III República.

La dependencia de grupos fronterizos con el sistema constitucional permite imaginar un futuro poco halagüeño: la admirada II República, hecha por idealistas tipo Zapatero, acabó bastante mal.